

## — Prólogo —

Si bien todavía no anochecía por completo, la luz que llegaba por la ventana era cada vez menor. Muchas de las luces se veían prendidas desde la calle, a excepción de unas. Cuartos vacíos, o tal vez cuartos como este. Habitaciones ocupadas por personas tan absortas en lo que hacían que no notaban la falta de luz al otro lado de su ventana, y mantenían su luz apagada. Una de estas ventanas apagadas era de una oficina de algún colegio. En la mesa que recibía la mínima iluminación había incontables papeles, tal vez un caso común en centros de educación, y frente a esta se encontraba un hombre revisando los papeles uno por uno. Alguien toca la puerta tres veces y antes de recibir una respuesta entra al cuarto.

“¿Cómo vas?”. Era una mujer de estatura media, una profesora del colegio en el que se encontraban. “Ya llevas un buen rato”, dice luego de que el hombre no le respondiera. Consigo llevaba más papeles, menos de los que había en el escritorio, pero más que leer al fin y al cabo.

“Llevaba ya más de la mitad”, responde él finalmente, dejando el papel que estaba leyendo. “Pero con esos debo ir más o menos por la mitad”, dijo señalando los que había traído ella. El hombre le da la vuelta a su silla para mirar a la recién llegada, más dispuesto a hablar ahora que había terminado de leer.

“Bueno, lo siento, pero las que se entregaron tarde las tenía la profesora encargada de detención, creo que era Miss Lina”, comenta mientras los deja en la mesa. “Yo que tú los dejo para el final. Como se entregaron tarde no creo que sean muy placenteros de leer”, continúa hablando la mujer.

“Si hablamos de agradables, no creo que ninguno lo sea”, el hombre se levanta y acerca una silla que se encontraba apartada en una de las esquinas de las pequeñas oficinas. “Siéntate”, continúa él. “Necesito un descanso de todas formas”.

“¿Qué tan malas son?”, preguntó ella con un tono divertido mientras se sentaba. Según su experiencia a muchos alumnos no les gustaban los trabajos de escritura, especialmente los de Comunicación. Por lo que no es difícil imaginar la mala calidad de los textos, causados por la falta de interés en escribirlos.

“O sea, no están mal, se nota que a algunos les vale mierda los ensayos escritos, pero no me refiero a la forma en la que están escritas. Lo que me molesta es lo que dicen, lo que entienden sobre los portadores del gen”. Empieza a quejarse él. “No hay mucha información sobre ellos, pero eso es una cosa y otra completamente distinta es querer ser uno para ser famoso, o peor aún ‘ser popular’ dentro del colegio”. En este punto ya se estaba desahogando.

“¿Que esperabas de ellos la verdad?, son adolescentes, esos son los problemas que tienen”. Ella por el otro lado estaba más calmada. Ambos tenían experiencias distintas en cuanto a enseñar, la mujer llevaba lidiando con gente de esa edad ya más de seis años, mientras que este sería el primer año del otro.

“Sí sé, pero no me imaginaba que iba a ser así”, él portaba aquel gen rojo, pero debido a una lesión grave, ya no era capaz de llevar a cabo su propósito original. Ahora tenía que preparar a los niños que en algunos años serían usados por el país para lograr la paz, o mejor dicho a quienes se convertirían en Guardianes de Rojo.

“Para eso estás leyendo las cartas ¿no?, para tener una idea de lo que piensan tus alumnos”.

“Sí, aunque dudo que la mitad de las cosas aquí sean verdad”, dijo agarrando los papeles que tendría que leer una vez esté solo de nuevo. “Es una tarea, muchos mentirían para tener un trabajo más aceptable”.

“No creo que haya tantas mentiras igual”.

“Eso pensarías, pero no. Cuando los lees te das cuenta que son solo mentiras pretenciosas”. Eligió uno de los papeles que tenía entre sus manos. “Por ejemplo, este dice: <Si yo fuera un portador del conocido gen rojo estaría, sobre todo, orgulloso, porque eso significa que mi propósito sería velar por la felicidad y seguridad de todas las personas de este país.> Y eso es solo la introducción, los argumentos son mucho peor”. Se quejó, dejando la carta a un lado.

“Son más de cien trabajos, debe haber alguno que sea mejor”. Ella no le había enseñado a esa generación, pero sabía por colegas que algunos estudiantes hacen buenos trabajos. “Pero tienes razón, no me sorprende”.

“Hay algunos buenos, pero son como diez de los casi sesenta que he leído”. Se giró a buscar un papel específico de todos lo que se encontraban en la mesa. “Acá está”. En su mano tenía una carta tan larga que ocupaba más de tres caras, tal vez el más extenso de todos lo que había en la mesa. “Este es largo, pero especifica más o menos cómo le afectaría ser entrenado en su día a día. A diferencia del resto era bastante realista, hablaba de cómo tal vez arruinaría su relación con sus amigos y por eso no le gustaría ser un portador del gen. Es un buen ensayo y mejor aún, es honesto”.

“Si eso es lo que esperas estoy segura que te vas a decepcionar horrible”. Lo decía por experiencia propia, le había pasado muchas veces que sobreestimando a sus alumnos, solo terminaba arrepintiéndose.

“Hay unos que ni siquiera trataron de esconder lo que pensaban, esos no pasan de las cinco líneas. Pero estos igual son mejores que los pretenciosos si quiero entender su razonamiento”. Todavía tenía el ensayo de dos páginas en su mano y ella tenía mucha curiosidad. “No creo que sea un delito esperar este nivel básico de sentido común o honestidad. Lee este ensayo si quieres”, le dijo él extendiendo los papeles luego de notar su interés. Ella los agarró y se quedaron un rato en silencio mientras que lo revisaba.

“Está bien hecho, muy bien hecho en realidad”, empezó la conversación de nuevo cuando terminó de leer. Su voz tenía un tono de incredulidad. “No tiene nombre”, giraba el papel buscando algún tipo de firma.

“No, ninguno está firmado, era un trabajo no calificado y parte de la dinámica era que fuera anónimo”. Recibió el papel que le pasaba la mujer de vuelta y lo puso de vuelta con el resto..

“¿Entonces si no sabes quién piensa qué cosa sobre ser portador del gen, de qué te sirve hacer esto?”. Se podía ver la clara confusión en su cara. “Pensé que esto era para que sepas qué pensaban tus alumnos una vez sepas quiénes son. Si no es así no sirve”.

“En realidad sí sirve. Mi trabajo no es solo con quienes sean mis alumnos, si no también cómo se relacionan con el resto de su salón y para eso también tengo que saber qué piensan ellos. Aún así dudo que esto ayude mucho”.

“Tu trabajo suena mal”. Ambos se encontraban de nuevo cómodos en su asiento, ignorando sus responsabilidades por un tiempo, continuaban esta conversación sin ningún sentido tratando de olvidar aquello que estaban procrastinando. “Y eso que el año escolar todavía no ha comenzado”.

“No quiero pensar en eso todavía, solo lo teórico es agotador. No me imagino cómo va a ser cuando les tenga que enseñar de verdad el próximo mes”. Se incorporó y cambió su posición en su silla. “Al menos no van a ser muchos”.

“Son cómo tres o dos por año, más o menos ¿no?”.

“Sí, creo que una vez fueron cuatro”.

“Podrías estar enseñando a más de veinte alumnos al mismo tiempo si te hubieran asignado a alguno de esos colegios especializados en portadores del gen”.

“A otro tipo que se encontraba conmigo en el hospital lo mandaron ahí”. Si se estresa por tener que enseñar a tres chicos no se podía imaginar cómo sería con un salón entero. “En eso sí tengo algo de suerte. Igual no me gusta”.

De vez en cuando se ponía a pensar en cómo haría para exponer a ese par de adolescentes a lo que sería su vida de forma segura, pero completa. O cómo tendría que entrenarlos para que sean físicamente capaz de controlar el Ater cuando a él mismo le tomó mucho entenderlo y ahora se le hacía más difícil usarlo.. Ese tipo de pensamientos le causaban dolorosas migrañas. “A veces me gustaría que la preparación comenzara después, 14 años es una edad muy inestable para empezar a entrenarlos”.

“Sabes que si fuera así sería mucho más difícil que se acostumbren a su nueva realidad, mejor es cuando aún se está formando”.

“Sí sé, las cosas siempre funcionan así por alguna razón”, dijo él, se notaba que había escuchado ese argumento más de una vez, y no de forma bonita.

Nadie habló por un buen rato. No se llevaban mal, pero recién se habían conocido hace un par de meses, y silencios incómodos como ese eran muy comunes en sus conversaciones.

“Bueno, me tengo que ir, no eres el único con responsabilidades”, dijo ella luego de un rato.

“Gracias por el trabajo extra, y por soportarme mientras me desahogo”. Él se posicionó de nuevo en su silla como se encontraba originalmente, listo para continuar su tediosa tarea, mientras se despedía.

“No te preocupes”. Ordenó la silla en la que se sentaba y se dirigió a salir. “Ah, ¿y Zari?”.

“¿Qué pasa?”, le dijo sin girarse a verla, ya había empezado a leer el siguiente texto y sabía que si lo dejaba de lado le iba a costar más volver a tomar el ritmo.

“Recuerda que todavía son niños”, le dijo con voz suave, casi compasiva.

“No creo que lo pueda olvidar”.

“Chau”.

“Te veo mañana”.

Se dirige a la puerta y antes de irse prende la luz del cuarto.

---

— Capítulo uno —

>Luego de casi una hora de la típica socialización del primer día, nos empiezan a llamar uno por uno, en orden de lista, para que nos saquen un poco de sangre. Mi apellido comienza con M, así que toma un buen rato hasta que llegan a mi nombre. Cuando me tocó tuve que ir a la enfermería, suele ser un cuarto no muy grande, pero esta vez han puesto varias carpas en el patio más grande, y habían llamado a enfermeros del estado para que ayudaran a llevar a cabo las pruebas. Somos más de cien estudiantes en la generación, por lo que estas medidas no son irracionales, pero sí dan miedo. La verdad en ese momento me estaba estresando demasiado, pensaba que no iba a ser necesario, la prueba ya me la habían hecho a los diez años luego del accidente y aprecio cualquier excusa para no tener que ser apuñalada por una aguja. Aún así me la hicieron, y aunque no dolió, la ansiedad que sentí antes no valió la pena.

Los resultados de la prueba no eran inmediatos, estos recién se van a entregar mañana, o al menos eso nos dijo nuestro nuevo tutor. Creo que fue por esto que el tema quedó en el olvido, a excepción de aquellos que estaban seguros que eran portadores del gen, quienes usaban cualquier excusa para traer el tema de vuelta.

El resto del día pasó de forma tranquila, no recuerdo mucho de lo que pasó, las pocas clases que tuve fueron, sobre todo, introductorias. Pensé que este día iba a ser mucho peor de lo que fue. Aún recuerdo aquellos momentos luego de enterarme que tenía el gen. Recuerdo cómo cuando pensaba sobre el día cuando tendría que comenzar el propósito que llevaría a cabo sin que supiera, todo lo que sentía era desesperación. Pero ahora me siento indiferente, he estado esperando por este momento casi cuatro años, mi vida había estado en pausa, esperando por este momento, el momento en el que todo comenzara. Me gustaría sentirme emocionada sobre todo, pero no puedo, de igual forma estoy contenta con mi situación actual.>

Su cuarto es callado, lo único que se logra escuchar si uno presta la suficiente atención es el sonido que hace el lapicero contra el papel. No es un sonido constante y menos agradable, pero para quien se encuentra ahí es reconfortante.

Nilea no es una persona muy expresiva, incluso antes de lo sucedido no hablaba mucho. No es completamente timidez, sino que a veces no lo encuentra necesario y a menos que alguien le dirigiera la palabra, podía quedarse horas sin decir una palabra.

Cuando era pequeña, en cambio, su silencio era porque simplemente no sabía cómo poner sus ideas en palabras. Sus amigos más cercanos de su infancia se habían acostumbrado a eso, ellos habían aprendido a cómo entenderla sin obligarla a hablar cuando no quería. Eran cosas como esas las que causaban un cariño incondicional por ellos. Ella no era muy amigable, pero de alguna forma se encontró en aquel grupo de buenas personas. Ellos lo eran todo para ella, y a pesar de que no le exigían hablar,

a veces se encontraba hablando sin rumbo cuando estaba con ellos. Ese sentimiento que surgía cuando tenía una conversación con sus amigos era uno de sus favoritos. Era en esos momentos cuando entendía esa necesidad de tener amigos que tenían los otros niños de su salón, cuando se encontraba con ellos sin tener que forzarse a hablar o actuar de cierta forma.

A pesar de que verbalmente no decía mucho, su monólogo interno era más cercano a un remolino de pensamientos que a cualquier otra cosa. Al no hablar mucho tenía mayor espacio para absorber la información que había a su alrededor y lo metía en su cajón mental para volver a pensar sobre eso más tarde. Esto causaba desorden en sus ideas, que durante una de sus sesiones con su psicóloga, se dió cuenta que era la causa de su dificultad para expresar lo que pensaba.

Aunque todavía le cuesta de vez en cuando, es capaz de entender mejor y expresar sus pensamientos, su silencio ahora es algo más voluntario. Puede hacer esto gracias a casi cuatro años de proceso terapéutico, en el que su psicóloga le daba una serie de ejercicios para comprender su remolino interno. Uno de estos, y tal vez el que más le ayudó fue escribir lo que pasaba por su mente, no en un diario, si no como un bloc de notas personales. Comenzó a tener que escribir todos los días, y en cada sesión que tenía, leían juntas lo que había escrito para tratar de analizarlo o entender por qué lo había escrito. Ahora solo lo hace a veces, cuando siente que es necesario, o en días especiales como este. Había escrito tantas veces lo que llamaban un reporte, que era natural, cuando tenía tiempo los acompañaba con dibujos o pequeñas notas con expresiones.

“¡Nile! Prepárate para irnos”, se escucha la voz fuerte de su mamá. “Salimos en cinco minutos, no te demores”.

“¡Ya voy!”, le responde. Todavía tenía su uniforme puesto y sus cosas del colegio estaban tiradas en su cama. Hace media hora había vuelto de sus clases y todo ese tiempo se quedó escribiendo su reporte del día. Relee el texto para ver que era aceptable y lo dobla para que entre en su bolsillo. No se tenía que cambiar, pero aún no se había puesto sus zapatos. -Argh, me las pongo en el carro- piensa mientras cierra la puerta de su cuarto con sus zapatillas en la mano.

“¿Vas a ir así?”, pregunta su mamá mientras llega de una de las puertas que dan a la sala.

“No me dio tiempo para cambiarme”, le dice con un tono apurado. “No importa, vámonos de una vez”.

“La próxima apúrate al comer para que no vayas en uniforme”.

“No te preocupes” -no es como si me encantara usarlo- ambas salen del departamento.

...

El sol ya había dejado de quemar hace un rato y en su lugar el cielo estaba medio nublado, apropiado para la hora que hacía. El lugar de consulta de su psicóloga no quedaba muy lejos de donde vivía, pero la distancia es suficiente para que su mamá quiera hablar con ella. Su relación no era mala, al menos no para Nilea, a pesar de que dejó de hablar con sus dos papás cuando tenía diez años, ahora eran las personas más cercanas a ella. Y no fue fácil, ella todavía recuerda cuánto le costaba tener una conversación con sus papás, pero ahora era mucho más abierta con ellos, y viceversa.

“¿Cómo te fue hoy?, con todo lo que pasó”. Nelia era capaz de movilizarse sola, por lo que solía ir sola y volver sola del colegio, además de almorzar ahí, por lo que su mamá siempre aprovecha espacios como este para preguntarle cosas.

“Mejor de lo que pensaba”, dice mientras juega con el papel doblado dentro de su bolsillo.

“Qué bueno, sabes que nos puedes decir todo ¿no?”. Gira su mirada de la pista y la mira a los ojos. Para Nelia una de las mejores cosas que había causado la mejora de la relación con sus padres era que ya no la presionaban tanto. En un pasado, su mamá pudo haber hecho más preguntas, hasta el punto de abrumar.

“Siempre lo sé, mamá”. Había estado mirando por la ventana como suele hacer cuando va en carro, pero se voltea para mandarle una corta sonrisa a su mamá. “No estoy perfecto, pero podría estar mucho peor”.

“Te quiero mucho, no te olvides de eso”.

“Yo también”.

El resto del camino fue en silencio, lo que le aseguraba a Nilea la confianza de su mamá. Eventualmente llegaron al pequeño edificio donde se juntaba una vez a la semana con Susan.

“Voy a quedarme cerca, avísame cuando acaben”, le dice a su hija mientras esta se baja del vehículo.

“Ya”. Una vez Nilea se baja del carro, este se aleja y ella se queda ahí un rato, despidiéndose con la mano.

Luego de tocar el timbre y que le abran la puerta, Nilea entra al consultorio de su psicóloga.

Este consta de dos cuartos, uno es la sala de espera y el otro el consultorio, además de un baño. A pesar de abrirle la puerta Susan se encuentra con otro paciente, por lo que se tiene que sentar en sala un rato. Ha estado varias veces ahí, y siempre le llama la atención las mismas tres cosas. El sillón de enfrente que tiene un solo cojín, el cuadro que se encuentra en la pared a su izquierda y el techo del edificio al otro lado, donde a veces se pueden ver un par de perros. Su mente se concentra en observar estas tres cosas, viendo cada detalle hasta que salen del consultorio Susan y el otro paciente. Pasa un rato hasta que este termina de irse y entra al consultorio.

“De verdad lo siento, pero como te dije solo tenemos unos quince minutos hoy”, empieza a decirle Susan luego de saludarse. Normalmente sus citas son los miércoles, pero como este era un día excepcionalmente importante quedaron en verse al menos por diez minutos.

“No es nada, igual tendremos nuestra sesión el miércoles ¿no?”.

“Claro, cómo siempre”. Dentro del cuarto había un sillón de cuero mediano y dos sillas grandes de tela. En una de ellas se sentaba Susan, mientras que la otra solía ser de Nilea, dejando el sillón un poco olvidado. “¿Trajiste el reporte de hoy?”, pregunta una vez cada una estaba sentada en su sitio.

“Sí”. Saca el papel que está un poco arrugado por estar en su bolsillo y se lo pasa. “No es muy largo a comparación del resto”.

“Está bien igual, si quieres añadir algo dímelo”. Nilea asiente en silencio. Pasa un rato y Susan añade: “acá se puede ver una gran mejora de cómo estabas hace unos meses”.

“Me di cuenta que me pudo haber ido peor, creo que lo mencioné ahí”.

“Además de eso has escrito lo que sentías durante el día, eso es un gran avance”. Es verdad, cuando comenzaron a hacer estos reportes hace dos años, lo que escribía Nilea era una descripción de lo que pasaba, en vez de cómo la hacía sentir. “También te veo más cómoda contigo misma”.

Todos esos comentarios traían recuerdos tristes de ella de pequeña, cómo se sentía cada vez que pensaba que su vida se iba a acabar cuando llegara a noveno. Su



corazón se estruja un poco, pensar sobre eso siempre la hace sentir extraño, es algo que todavía no puede explicar.

Al ver que Nilea no le respondía, Susan continúa: “acá solo hablas de cómo te sentías sobre el primer día, pero ¿has pensado sobre mañana?”. Eso llama la atención de la paciente. “O tal vez de ¿cómo va a ser compartir tanto tiempo con personas nuevas?, ahora mayormente, porque como van a ser pocos vas a tener que socializar más”.

El proceso de comunicación interno y con sus papás ha mejorado mucho, pero el hecho de volver a formar vínculos cercanos con sus compañeros de clase todavía se estaba procesando.

Nilea se siente tonta por un momento. Todos sus problemas caían en el primer día, eso se había dicho desde el accidente. Pero siempre lo pensaba como el final, en todo el tiempo se olvidó de que la vida continuaría luego de ese día. Ahora se daba cuenta, su alivio o tranquilidad no venía de aceptación, si no de un sentimiento de que lo peor ya había pasado.

“Creo que no...”. Se empieza a sentir perdida, mareada y vuelve a esa parte de su vida en la que no podía hablar bien con Susan.

“¿Estás bien?”, pregunta su psicóloga con preocupación, ella la había visto en lo que podría ser los peores momentos de su vida, y era capaz de reconocerlos. “No debí preguntar eso”. Susan se acerca a su silla y se arrodilla frente suyo con tristeza.

“Está bien”, dice luego de unas cuantas respiraciones. “Tenía que darme cuenta. No estoy tan bien cómo pensaba”.

“¿Quieres un papel y lápiz?, para escribir y ordenarte un poco”. A pesar de que su proceso terapéutico había sido complicado y a veces doloroso, agradece en momentos como este, donde podía ver el camino fuera del hoyo que estaba cavando.

“Por favor”. Susan se levanta para traer un cuaderno, un lapicero y uno de los cojines que estaban en el sofá.

“Todo está bien”, le dice mientras le da lo que había recolectado. Sus ojos y cejas forman un gesto de culpa y compasión.

“Creo que me concentré demasiado en el primer día”, dice forzando una sonrisa que solo le causa tristeza a su psicóloga. Poco a poco comienza a comunicarse mejor mientras juega con las esquinas de la almohada cuadrada, de verdad estaba agradecida de tener a Susan en momentos así.

Los pocos minutos que pasan hasta que llega el siguiente paciente, ocurren en silencio, de nuevo el único sonido existente es el del lapicero contra el papel.

No era la primera vez que Susan lidiaba con un portador del gen, esa era una de las razones por las que había terminado con Nilea ahí. Y le gustaba ayudar a esos adolescentes que claramente la necesitaban, pero con eso venía un sentimiento de impotencia. No podía decirles que no importaba, que se olviden de ser portadores del gen y vivan la vida de niños comunes, como a veces hacía con otros estudiantes sobre notas u otras preocupaciones. Estos niños iban a servir al gobierno, y era parte de su obligación. Ahí en esa silla tapizada se siente tan lejana de Nilea, quien necesita liberarse de esta presión, pero no puede hacer nada. Se arrepentía por completo de comentar sobre mañana, ¿cómo se le ocurría?

Llega su siguiente paciente y Susan tiene que despedirse de la niña que había conocido hace años, dejándola peor, a comparación de cómo llegó.

Nilea saca su celular y le escribe a su mamá <ya terminé>. Pasa un minuto en la calle, con un cielo ya de noche y más viento. Se escucha el carro a lo lejos, y antes de darse cuenta el carro se estaciona en la calle del frente.

“¿Cómo te fue?”, pregunta su mamá cuando la ve acercarse entre la oscuridad, debido a esta no puede ver bien la expresión que tiene en la cara.

Nilea responde con un corto “normal”, y se sienta en la fila trasera del carro. Su mamá se queda en silencio un rato y comienza el carro para irse. Ella, como Susan, ha aprendido a reconocer cuándo su hija estaba en condiciones para hablar, y cuándo no.

En el silencio del camino de vuelta a su casa el remolino mental de Nilea se empieza a formar, para ser calmado luego de unas respiraciones. La misma frase surge una y otra vez en su mente haciendo que el remolino comience de nuevo. “Cómo mierda, entre todos los pensamientos que tengo, no me dí cuenta que el primer día no sería el peor, si no todos los que van a venir a partir de hoy”.

Paloma Carrillo Zeballos  
Cuarto de Secundaria